



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 22. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

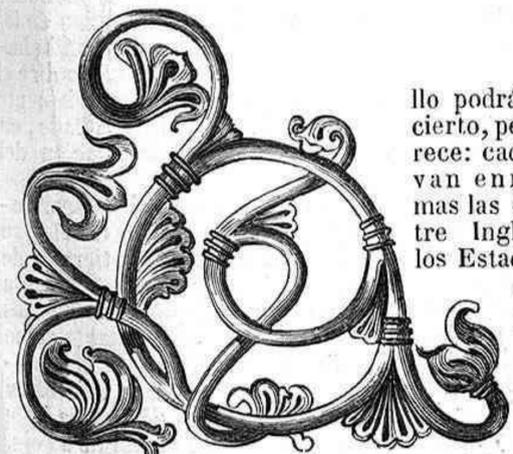
MADRID 28 DE MAYO DE 1865.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO IX.

REVISTA DE LA SEMANA

lo podrá no ser cierto, pero lo parece: cada día se van enredando mas las cosas entre Inglaterra y los Estados- Unidos, y entre los Estados- Unidos y Francia. La república, naci-



cion joven y lozana, es algun tanto camorrista y nos parece que va á encontrar la horma de su zapato.

¿Pero qué ha de hacer? Con un enjambre de aventureros armados, que ya le son inútiles, le es preciso arrojarlos á otros países, ó emplearlos en guerras extranjeras.

Y para emplearlos en guerras extranjeras el ingrediente mas necesario es que las haya y por eso anda hurgando por un lado y por otro hasta encontrarles las cosquillas á las potencias occidentales.

Dícese, y algo habrá de cierto, que los puntos mas sensibles son el Canadá y Méjico: para enredarse con el primero, defendido y sostenido por Inglaterra exige la extradición de los confederados que despues de vencidos se refugiaron allí; cosa que ningun gobierno que en algo se tenga puede consentir: para enredarse con el segundo, defendido y protegido por los franceses, se han abierto en todas las ciudades de la Union, banderas de enganche para emigrar, es decir, banderas de enganche para reforzar el ejército de Juarez; y de esta manera Maligarriga con una guerra á Francia y causarla gastos, sin responsabilidad del gobierno,

Solo que Inglaterra dice que no quiere sufrir jugarretas, y menos Francia, que parece ha dado órdenes severas contra los aventureros que se capturen. Son en verdad gérmenes todos que no seria extraño produjesen una guerra entre el antiguo y el nuevo continente, en la que se decidiera si la América habia de ser para los americanos, como dijo Monroe, ó si las naciones que la poblaron y la poseyeron han de tener derechos é influencia.

Jonhson aquello desea, y no dudamos que hará lo posible para lograrlo: desgraciadamente para él, su carácter violento se lo impedirá: era preciso que antes hubiera procurado hacer olvidar los desastres de la guerra civil y el anuncio de que piensa ahorcar á todos los jefes confederados, no es muy á propósito para ello.

Eco de la política del presidente, el periódico *New York World* les receta igual medicamento. Para curar rebeliones es la horca la panacea de la raza anglosajona.

Ya en la que há pocos años tuvo lugar en la India, se aplicó este procedimiento por los ingleses, bajo esta sencilla fórmula: *ahorcamientos indefinidos*; y en efecto, ahorcaron á cuantos rebeldes pudieron haber á las manos.

Verdad es, y esto lo confesamos de buen grado, que algunas veces no ahorcaban á los prisioneros, sino que se contentaban, para variar el espectáculo, con atarlos á la boca de los cañones, cuya metralla hacia caer á cien pasos una lluvia de sangre y de miembros humanos; ó simplemente con fusilarlos: puede citarse el ejemplo del regimiento de Cipayos número 51, que despues de desarmado, dió el grito de insurreccion, y cuando buscaba armas, fue acometido por las tropas inglesas. Se componia de 871 hombres: á las treinta horas, habian muerto á cuchilladas ó fusilados 639.

Solo citamos esto para que algunos britanos, de esos que siempre declaman contra la crueldad de los españoles en remotos tiempos y desconocidas regiones y ensalzan el humanitarismo y filantropía de sus compatriotas, tengan presentes estos hechos y se den dos puntos en la boca.

Pero volvamos á los Estados- Unidos, de los que nos hemos separado un poco: la causa sobre la muerte de Lincoln continúa, y hay mas de trescientos presos, cuya suerte es muy precaria.

Valdria mas estar en la boca de los leones del circo del Príncipe Alfonso, como lo está el domador, por supuesto.

Y yo no sé cómo el público, despues de haber visto repetidas veces lo domesticados que están los animalitos, tiene aun miedo por si la jaula está segura ó no está segura. ¿Qué importa que salieran de ella media docena de fieras y fueran dando las buenas noches á los espectadores? Estamos seguros de que no habian de decir una palabra mas alta que otra á los que tuvieran el gusto de alargales la garra.

No comprendo pues, por qué nuestro bello sexo se asusta á la idea de conferenciar con los señores leones. Todo el mundo sabe que á los de otros tiempos, los sujetaban doncellas llevándolos donde querian ellas, con una simple cinta pasada por el cuello. ¿Serán los leones actuales menos galantes? No podemos creerlo de su educación y distinguidos modales.

Pero si así fuese, lo que no de grado por fuerza; lo que no por tiernas vírgenes, se lograria por varoniles amazonas: que tomen el venablo y un caballo y á imitación de las antiguas combatan y triunfen.

¿Qué fieras pueden resistir á una mujer y á una mujer armada?

Podemos decir y asegurar que nosotros conocemos mas de seis leones que se embohan al ver á la Dolores Fernandez, *Amazona del Termes*, tocando el tambor y haciendo el ejercicio; ¿qué seria pues si las jóvenes madrileñas adoptasen el traje y cada una con su tamborcito diese un redoble y con su fusil ejecutase un tiempo de la carga á once voces, ante los que pasan la vida *haciendo el oso*?

Meditenlo, que les conviene; y venzan, y martiricen, y formen el suplicio del hombre, ya que en París no se acuerdan mas que del *suplicio de la mujer*.

Porque las cuestiones que os dije en mi anterior que habia entre Girardin y Dumas, sobre la paternidad del drama aquel, aun no se han concluido. A Girardin le han llamado los amigos de Dumas pavo real, por la vanidad que tiene de haber sido el inventor de la pieza, y se cuenta, que al saberlo éste replicó vivamente: «Prefiero ser pavo real á ser grajo engalanado con plumas ajenas.» Al oír Dumas este epigrama, se puso mas encarnado que las figuras de cera que el señor Malagarriga va á enseñarnos en la calle de Carretas y en algunas de las que, segun nos han dicho, ha abusado del bermellon de un modo, que solo se disculpa al ver los, al parecer, rostros de muchas señoras, y de otras que no lo son, que pasean por estas calles de Madrid.

Dios haga que no cojeen del mismo pie los cuadros que han remitido los artistas españoles á la esposicion de Dublin; y que segun nos cuentan algunos periódicos de este pais, fornan las delicias de los irlandeses, que no se cansan de admirar la valentia del pincel y los celajes vivisimos de los lienzos.

Al menos, que se queden algunos por el *tanti quanti*, para que nuestros pintores, ya que ganan honra, tengan tambien algun provecho.

Que sine Cerere et Baco...
Ya sabe usted lo demás.

No sea que so'o saquen de la esposicion algun rasguño en los lienzos ó algun siete de á jeme en los idem con las idas y venidas y los embalajes y los desembalajes, y les suceda lo que al rey de Dinamarca que le quitan los ducados; pero le conceden en compensacion la órden de la Jarretiera, que con gran solemnidad acaba de ponerle el conde Cowper en la pantorrilla izquierda, sino mienten los grabados.

No es esto decir que no nos gusten las honrosas distinciones; pero en esta materia llámome Fernandez y Gonzalez, es decir, prefiriera á la distincion sola, la distincion y otra cosa tangible; así como éste ha reunido ambas, logrando el premio señalado por la academia á la mejor composicion que se presentase en alabanza del desprendimiento de S. M. con la cesion del Real patrimonio.

Nosotros felicitamos sinceramente al autor, deseando que nos dé á conocer pronto su composicion, doble rasgo de talento en quien habia hecho otra magnífica, inserta en el número 18 de este periódico, al mismo asunto. Ha dejado el señor Fernandez y Gonzalez embustero al refran latino.

Non bis in idem.

Cierto que el asunto se prestaba á la inspiracion; pero cierto tambien que solo es dado á privilegiados talentos tratarlo dos veces sin repetirse; pareciéndose en esto al monte Baker que allá en Victoria, despues de bailar una zarabanda al compás de un terremoto mayúsculo, se ha quedado en el mismo sitio y es el mismo; pero tan mudado de forma, que sus amigos pasan por su lado sin saludarle, porque no le conocen.

Aquí concluiria mi revista, pero temo que parezca corta y cosa es de pensarlo antes. Lo pensaré, pues, y ofrezco solemnemente dar cuenta á mis lectores de mi decisiva resolucion en la próxima semana.

Por la revista y la parte no firmada de este número
LEON GALINDO Y DE VERA.

LOS VIENTOS.

Apenas habrá una persona que no se haya preguntado alguna vez en su vida de dónde soplan los vientos y á dónde mueren, sin que se puedan dar mas contestacion que recurrir á las palabras del que todo lo sabe y decir: «Los vientos soplan de donde él quiere, y tú oyes su ruido, pero no puedes decir de dónde vienen ó á dónde van.»

Sin embargo, aunque no podemos decir con exactitud de dónde salen los vientos ni á qué fin van, los trabajos de los meteorologistas modernos han tenido bastante buen resultado para ponernos en el caso de comprender las causas de las grandes corrientes de aire, y aun de designar los vientos que prevalecen en las diferentes estaciones y en los diversos puntos del globo. Este problema es mucho mas sencillo que el de decir por qué los vientos cambian en un dia particular ó en qué punto de la superficie de la tierra empiezan ó concluyen las corrientes. Si pudieran resolverse es'as cuestiones terminaria la incertidumbre que hay en lo que se refiere al tiempo. No habria temor ninguno de que el labrador perdiera su cosecha por las variaciones atmosféricas, si un conocimiento infalible anunciara anticipadamente la llegada de cada tempestad pronosticando semanas y meses antes, el dia exacto en que habian de tener lugar los cambios. Este es un punto en el que los profetas del tiempo, los astro-meteorologistas como se llaman ahora, aventuran aun sus predicciones sin desmayar á pesar de sus grandes y manifiestos errores. En Inglaterra, por ejemplo, se ha notado con razon que ninguno de ellos habia pronosticado el tiempo seco que duró por espacio de algunas semanas en el estío último; pero aun en el dia hay gentes que van á consultar el almanaque para saber qué tiempo hará en un dia determinado, y no han pasado muchos años desde que ésta opinion era bastante general. En la realidad, si hemos de creer las opiniones de los pretendidos filósofos actuales, debemos admitir que es absurdo poner límite alguno á la posibilidad de predecir los fenómenos naturales, puesto que todas las operaciones de la naturaleza obedecen á leyes fijas é inalterables, que la inteligencia del hombre sin ningun otro auxilio puede descubrir completamente.

Sin embargo, nos atrevemos á decir que la verdadera ciencia es mucho mas modesta que lo que podríamos pensar de ella por el modo de hablar de algunas gentes, y aunque en el ramo particular de conocimiento de que

estamos tratando, los pronósticos acerca del tiempo aparecen todavía en ciertos periódicos extranjeros, no están anunciados dogmáticamente ni pretenden indicarnos mas que con cuarenta y ocho horas de anticipacion. No vamos á discutir ahora la cuestion de las tempestades y de sus indicios, vamos á tratar solo del objeto que nos ocupa, de las corrientes ordinarias de vientos de la tierra, y al hablar de ellas, nos limitaremos en cuanto sea posible, á los hechos bien conocidos y observados, trayendo en cada caso la evidencia mayor que podamos aducir para sostener las teorías que vamos á esponer.

Si se pregunta cuál es la causa de los vientos responderemos sencillamente que es el sol. Veamos, pues, ahora, cómo éste agente infatigable que aparece todos los dias sobre la superficie de la tierra hace que se levanten los vientos.

Si se enciende fuego en una habitacion y despues se tapan todas las aberturas por las que el aire puede tener acceso, excepto la chimenea, el fuego se apaga en poco tiempo. Si á una lámpara que está ardiendo se la tapa la estremidad de su tubo, la lámpara se apaga en seguida. La razon de esto es que la llama en todo caso atrae el aire, y si el aire que necesita se le corta por abajo ó se impide su salida por arriba, la llama no puede continuar ardiendo. Esto sin embargo no debe entenderse en una escala demasiado grande. La razon para que el fuego cese si se le corta la cantidad de aire que necesita, es porque la llama, por decirlo así, se alimenta de aire, mientras que no puede decirse en ningun sentido que de la atmósfera de la tierra depende el sostener el fuego del sol. Nos servimos del ejemplo de la llama, porque este hecho es bien sabido de todos. Si en vez de una lámpara suspendemos un hierro candente en una habitacion, en ese caso veremos que las corrientes de aire que entran por todas partes se elevan sobre él y se estienden cuando llegan al techo descendiendo á lo largo de las paredes. La existencia de estas corrientes puede probarse fácilmente echando un puñado de paja fina en la estancia. ¿Cuál es, pues, la causa de producirse esta circulacion? El hierro á menos que esté muy candente no necesita aire ninguno para guardar su calor, y en la realidad, la cantidad de aire fresco que recibe constantemente le enfria haciéndole que se desprenda de su propio calor á proporcion que sus partículas se ponen en contacto con él. ¿Por qué pues, se levantan en ese caso las corrientes? Porque el aire cuando está enardecido se estiende ó se hace mas ligero y se levanta dejando vacío el espacio que ocupaba antes. Entonces como el aire frio que le rodea es elástico, se introduce en el espacio que ha quedado vacío y se enardece á su vez.

Esta es la causa de que haya siempre una tendencia en el aire á dirigirse á aquellos puntos de la superficie de la tierra, donde la temperatura es mas elevada ó lo que es lo mismo, á los puntos en que en aquel momento se halle el sol en su zénit. De este modo si la superficie terrestre no estuviera formada mas que de tierra completamente seca ó fuera toda agua y el sol estuviese siempre en la superficie del ecuador, la direccion de las grandes corrientes de viento seria constante y no variaria en todo el año; pero todo el mundo sabe que esto no sucede así y que el sol no siempre se halla sobre el ecuador sino que está en el trópico de Cáncer en junio y en el de Capricornio en diciembre, pasando por el ecuador dos veces cada año en los equinoccios. Hé aquí una causa que altera el curso regular de las corrientes de vientos. La influencia de este paso del sol por la línea equinoccial se aumenta aun por el modo irregular en que la tierra se halla distribuida sobre el globo. El hemisferio del Norte contiene toda la Europa, el Asia, la América septentrional, la mayor parte del Africa y una parte de la América meridional, mientras que en el hemisferio Sur no hallamos mas que el resto de los dos continentes últimos, con toda la Australia y algunas de sus grandes islas próximas. De esta manera, durante nuestro verano hay una área mucho mayor de tierra seca espuesta á los rayos casi verticales del sol, que durante nuestro invierno.

Veamos ahora cómo esta causa obra modificando la direccion de las corrientes de viento; para hacer mas inteligible la explicacion nos serviremos de hechos conocidos. Para elevar á un cierto grado de temperatura una cantidad determinada de agua, se necesita cinco veces tanto calor como el que se necesitaria para producir el mismo efecto en igual cantidad de piedra. Además, la tendencia que tiene toda superficie de tierra seca á dar calor y por consiguiente á templar la atmósfera en derredor suyo, es mucho mayor que la de una superficie de agua de igual estension. En esto podemos ver desde luego la causa de los vientos locales que se sienten todos los dias tranquilos en las islas situadas en climas ardientes. Durante el dia la isla está muy ardiente y por esta razon se pone en movimiento lo que los franceses llaman «corriente ascendente.» El aire, en derredor de la tierra se enardece y se levanta, mientras que otro aire mas frio que está en derredor del mar corre para llenar el espacio que ha quedado vacío y esto es causa de que entonces se sienta una fresca brisa del mar. Durante la noche las circunstancias son completamente contrarias; la tierra no recibe ya calor ninguno del sol que se ha puesto, pero continúa despidiendo

de un modo casi tan liberal como antes, todo el que ha adquirido; por esta razon llega á estar mas que el mar en los puntos próximos á él y el aire vez de levantarse se calma y corre al mar produciendo un viento de tierra.

Estas condiciones se llenan al parecer, casi exactamente en la region de los monzones, con la escepcion de que el cambio del viento tiene lugar en intervalos de seis meses y no cada doce horas. En aquella region que se estiende sobre la parte meridional del Asia y el Océano Indico, el viento sopla durante medio año de un punto, y el otro medio año del punto directamente opuesto al anterior. Los vientos son Nordeste y Sudeste en el Indostan y en Java, y en el lado opuesto del ecuador son Sudeste y Noroeste. La causa de estos vientos, á los que se da el nombre de monzones, de palabra árabe *mausim*, que significa estacion, no es fácil de explicar como la de las brisas ordinarias de tierra y de mar que acabamos de decir. Su origen del buscarse en la zona templada y no entre los trópicos. La razon de esto es, que los puntos hácia los que el aire es atraído no son absolutamente los mas ardientes sino aquellos en que el enrarecimiento en el aire es mucho mayor. Cuando el aire se hace mas ligero, se dice que se enrarece y este enrarecimiento al parecer debe ser mayor donde la temperatura es mas elevada así seria en efecto si el aire fuera la única parte de que se compusiese nuestra atmósfera. Hay sin embargo que tener en cuenta un agente muy importante para producir perturbacion, á saber: el vapor acuoso. Aunque cuando no esté lloviendo en el momento, hay siempre una cantidad de agua que se levanta de la superficie del mar y de cualquiera superficie espuesta á la influencia de la atmósfera ó que se mezcla con ella. Esta agua es completamente invisible, está en la forma de verdadero vapor y su presencia solo se advierte cuando se condensa tanto, que forma una nube. Mientras mas ardiente es el aire, mayor parte de su vapor acuoso puede sostenerse en un estado completamente invisible.

Es natural creer que debe hallarse una cantidad mayor de este vapor en el aire, en puntos situados cerca de la costa, que en aquellos que están en el interior de los continentes y este es precisamente el caso. El total del enrarecimiento que el aire seco sufre en el verano en la costa del Indostan, está compensado en parte por el aumento de la tension del vapor acuoso, cuya presencia en el aire se debe á la accion del calor del sol sobre la superficie del Océano Indico. En el interior del Asia no se halla ninguna estension grande de agua y los vientos del Sur pierden la mayor parte de la humedad que contienen al pasar sobre el Himalaya. Por razon de esto, el aire es sumamente seco y no puede verificarse un cambio como el que se observa en el Indostan. El viento es atraído hácia esta parte y la atraccion es suficiente para llevar el viento alisio del Sudeste al través del ecuador al hemisferio del Norte. En nuestro invierno, el punto en donde se verifica mayor enrarecimiento es el continente de la Australia y en conformidad con esto á su vez atrae al viento alisio del Nordeste del hemisferio del Norte al través del ecuador. Así vemos que en la region que se estiende desde la costa de la Australia al centro del Asia, tenemos monzones ó vientos que cambian de un modo regular cada seis meses. En cuanto á la direccion de los diferentes monzones, debemos examinarla cuando hayamos visto la de los vientos alisios, que como dice el profesor Dove, han de considerarse necesariamente como un monzon que no está del todo desarrollado, en vez de considerar á éste como una modificacion del viento alisio.

El origen de los vientos alisios se ha de buscar como antes, en el poder de calentar que tiene el sol, y su direccion es un resultado de la figura de la tierra y de su movimiento sobre su eje. Cuando el aire se levanta en el ecuador, el que corre en cualquiera de los dos lados en latitudes mas elevadas, se sentiria tanto como un viento del Norte ó del Sur respectivamente, si el movimiento de la tierra sobre su eje, no hiciera impresion en él. La figura de la tierra es con corta diferencia la de una esfera y al hacer su revolucion alrededor de su eje, se comprende bien que aquellos puntos de su superficie que se hallan situados á mayor distancia de este eje, tendrán que recorrer un espacio mucho mayor en el mismo tiempo, que los que es'án cerca de él. Así por ejemplo, Londres que está en el paralelo de 50°, tiene el mismo tiempo para recorrer aproximadamente, solo las tres quintas partes de distancia, que un punto que como Quito se halla situado bajo el ecuador. De este modo, una persona que esté en Londres, es llevada, de una manera imperceptible al mismo, por el movimiento de la tierra, 13,000 millas hácia el Este, mientras que otra que se halle en Quito, es conducida 25,000 millas en el mismo tiempo. Segun esto, si el que está en Londres conservando su propio movimiento, fuese trasportado súbitamente á Quito, quedaria 10,000 millas detrás del otro en el curso de las veinte y cuatro horas, ó pareceria moverse en direccion opuesta del Este á Oeste, á razon de 400 millas por hora. El caso seria precisamente igual al de una persona que fuera en un wagon de un ferro-carril que corriera con mayor velocidad, pues pareceria á los demás que se movia en direccion opuesta, siendo así que en la

dad el movimiento de progresion estaria en el tren y no en la persona que iba dentro del wagon. El aire se trasporta de las latitudes altas á las bajas, pero este cambio es gradual, y la tierra, en conformidad con él por medio de la fuerza de rotacion, puede retardar su velocidad relativa antes de llegar á los trópicos, de modo que su velocidad actual, aunque todavia bastante considerable, es muy inferior á la de 400 millas por hora.

(Se continuará.)

A.

LA AMERICA Y SUS HIJOS.

IV.

LA ADMINISTRACION DE JUSTICIA.

Puede decirse que esa es la causa de todas las desgracias de América. Inútil es decir que la legislación es española en cuanto á derecho, pero ¿de qué modo se interpreta! Se subdivide su ramo en tres negociados: civil, criminal y mercantil. Todos ellos tienen siempre una superabundancia de procesos que asusta, ocupacion de centenares de procuradores y de abogados.

Inútil será interiorizarse sobre esto, pues bastará saber que la cuestion mas insignificante dura uno, dos, tres años y algunas no se acaban hasta que se acaba el dinero de los litigantes ó el valor de lo que se litiga.

En lo criminal, cualquiera creará viendo los repetidos asesinatos y atrocidades que allí se cometen cada día, que habria un freno para contener el crimen. Nada de eso. Se le sigue la causa, que, ó no se concluye ó si se concluye, generalmente pasa el sentenciado á ocupar un puesto en la milicia; es decir, se le dan armas para que sirva honrosamente á la patria.

En lo mercantil, ya es otra cosa. Aquí andan siempre valores de alguna consideracion y por lo tanto son mayores tambien las consideraciones.

Sabemos que de algun tiempo á esta parte han muerto los tribunales de comercio establecidos por las rancias ordenanzas de Bilbao, en casi todas aquellas repúblicas, habiendo entrado á reemplazarlos jueces especiales de comercio. Es decir, que ese tribunal está al cargo de un solo hombre que si sabe algo de leyes, sabe poco ó nada de fórmulas mercantiles, contabilidad, etc., etc.

El resultado inmediato es la ruina de ambos contendientes ó la depresion del mas pobre, porque todo en América se pesa y se mide, los artículos de comercio, el puñal de los asesinos, y la conciencia de los hombres. Las víctimas de la confianza no tienen número.

Regla general: siempre que se entable una cuestion judicial entre un hijo del pais y un extranjero, puede contar éste con que la pierde por *gringo*.

De ahí nacen y se suceden los odios, las ambiciones, las venganzas.

La pasion dominante es la avaricia, y los jueces no están exentos de ella.

El remedio seria sencillísimo, si los gobiernos no fuesen tan pecadores como son.

Con buenos sueldos á los jueces y severos castigos al que prevaricase ó se vendiese, el resultado variaria completamente.

Si entre las repúblicas Hispano-americanas debemos hacer una pequeña excepcion, esa está en favor de Chile, cuyo sistema de gobierno es el mismo que en tiempo de la administracion española, aunque con distinto nombre; por lo demás, la plebe ó los *rotos* como allí llaman, es de peor ralea que la del resto de América.

EJÉRCITO.

Sobre este particular hemos visto tanto, que tendríamos que hacer una larga disertacion para dar una idea de lo variado y especial de cada república.

Aquí llegaba, cuando tuve ocasion de ver un artículo estampado en un periódico de Buenos-Aires, cuyo autor al parecer se ha resentido de las verdades que dije en mi primer apunte, y ahora pienso fijarme con preferencia en aquel pais para continuar mi tarea ya que tan celoso se muestra el precitado escritor.

En la república argentina como en las demás repúblicas que recorrí, no hay quintas como aquí tenemos, eso seria tiránico; es mas equitativa la leva y el enganche, así es, que solo los clasificados de vagos van á la milicia.

Hay que notar una cosa primero, y es que en aquella república compuesta de catorce fracciones que llaman provincias, se nota la particularidad siguiente: trece de ellas forman una comunidad, asimilándose en sus hábitos, costumbres y estado en que han permanecido; y una que las ha domado á todas durante veinte años, contrajo en este tiempo ciertas tendencias que han venido á crear una antipatía constante. Antipatía que no desaparecerá mientras la capital de la república sea Buenos-Aires.

En Chile, el ejército está regularmente disciplinado y bien vestido, pero esto tampoco quiere decir que haya punto de comparacion entre aquella milicia y la

Buenos-Aires, en las últimas guerras han queri-

do hacer algo, pero aunque vistan sus soldados á la europea, ni sus trajes son lo mismo, ni sus caras ni su continente tienen nada de militar.

El magnánimo Rozas (y no Rosas) que dió libertad á los negros esclavos para sujetarlos á un fusil, creó una milicia bastante considerable, la disciplinó cuanto le fue conveniente, y la vistió con arreglo al pais. Su equipo consistia en un chiripá y una camiseta de bayeta colorada, gorra de manga de lo mismo, calzoncillo largo y descalzos. La infantería usaba fusiles ingleses pesados y correa no muy blanco que digamos. La caballería usaba el mismo traje y sus armas ofensivas consistian en lanza, sable, tercerola y las indispensables boleadoras y lazo. No usaban espuelas sino los jefes, y eso por lujo, pero aun así llevaban el indispensable revenque ó lonja para azotar el caballo.

Desde entonces quedó ese estilo en la república y mas tarde el ejército de Urquiza usaba el mismo traje, mientras que en Buenos-Aires por distinguirse, fueron copiando á la caduca Europa en cuanto á infantería y suprimiendo lo colorado en la caballería. Esta siempre la compone la gente del campo y la infantería la gente del pueblo con pocas excepciones. Así es que siendo en sus tipos tan distintos, un ejército forma el contraste mas extraño. Y no se crea que cuando digo la gente del pueblo, hablo de otra que de la gente miserable del pueblo, como negros, mulatos, mestizos de toda laya, y los extranjeros que se enganchan. Los mozos de levita, que allí llaman decentes, si toman las armas es solo en clase de oficiales.

Pocas veces un ejército da dos batallas como allí dicen; porque siendo la gente recogida y armada contra su voluntad y siendo la caballería gente del campo que en la guerra hace el principal papel por su número y circunstancias; si al primer encuentro hace alguna resistencia alguno de los bandos, el otro vuelve caras desparramándose la caballería, sin parar hasta sus chozas ó ranchos. La infantería que no puede huir, tiene que tomar una determinacion con arreglo á las circunstancias. Así es que en aquellos paises el jefe que pueda contar con la caballería y sea hombre de accion, ganará siempre.

El gaucho cree que está cumplido su deber en la guerra, en el momento en que ve la cara al enemigo.

Ya dijimos que las armas de la caballería son tercerola y sable para unos escuadrones y lanza para otros, y además sus boleadoras y su lazo. La montura que usan, es una especie de aparejo redondo, y los estribos son de distintas formas y materia, hasta reducirse á un nudo de cuero que se sujeta entre los dos primeros dedos del pie; esté descalzo ó cubierto con la bota de potro, que tiene abierta la punta para ese fin.

Me detengo en estos detalles, porque efectivamente, un cuerpo de caballería es cosa curiosa.

Los carabineros llevan la tercerola sobre el muslo, y al dispararla no la arriman á la cara, sino que poniendo los caballos de costado, como un buque en combate, apoyan en el recado ó montura la culata y disparan á cálculo. Pocas veces pegan á donde quieren. Hecho esto retroceden para cargar de nuevo.

Me reservo escribir una batalla en artículo aparte, por no detenerme tanto en este punto.

MARINA.

Ya hemos dicho que no hay arsenales, y no habiendo arsenales no puede haber marina.

Los cuatro cascos viejos que tienen algunas repúblicas, no son capaces de sufrir un disparo de un buque de guerra.

Todos ellos fueron mercantes, vendidos por sus dueños como trastos viejos en momentos apremiantes para la patria, y adornados por ésta con algunos cañones monumentales del tiempo de la *barbarie*, desde cuya época no se han fabricado mas.

Las tripulaciones se componen de gente de todas layas, en que campean algunos extranjeros que fueron pescadores en su patria, cuya patente es mas que suficiente para recibir el despacho de marino. Como nunca se han batido ni se batirán probablemente nunca, se hace el papel, y hay siempre el pretexto para poner por *gastos del ejército y la armada* 0000000. El lector cortará por donde le parezca y colocará la cifra significativa que guste. El gobierno argentino asignó últimamente 3.000,000 de duros para el ejército que no pasa de tres mil hombres, y para cuatro cascos—como dejo dicho. Moderada fue la suma. El Perú gastó 15.000,000 de los mismos por preparar tres armatostes que de nada sirven.

Eso sí; los buques no podrán andar mas que 3 ó 4 millas por hora, y sus calderas reventarán y se remendarán con frecuencia; ¡pero sus nombres!! ¡Chalaco!! ¡Loa!! ¡Maypú!! ¡Hércules!! ¡Pampero!!! ¡Victoria!!! etcétera, etc., etc., en vez de llamarlos—Tortuga, Perezoso, Baul, etc., que serian nombres mas propios.

V. BRHUEGA.

PAGINA DE UN VIAJE.

Andalucía conserva aun en toda su fabulosa poesía esos tipos románticos que han celebrado los extranjeros, si bien con la exageracion de la distancia que engran-

dece las figuras prestándoles mas brillo y mas encanto. La *maja* de Cádiz y Sevilla, el torero y el contrabandista, son plantas indígenas de esa tierra del sol y del placer.

No es una ficcion el encuentro de la gitana que os esplica la *buena aventura*, por do quiera las veis con sus negros ojos, su mirar penetrante y su oscura tez; y visitando los desfiladeros de las montañas acaso tengais ocasion de contemplar una partida de contrabandistas con su pintoresco traje andaluz y sus raudos caballos y el trabuco ó la escopeta.

Sin cesar observais en estas provincias la profunda huella de la dominacion árabe. Ese pueblo le prestó su arquitectura, sus costumbres caballerescas y románticas, su fantasía, su amor y sus tradiciones. Estudiad en ciertos detalles á los hijos de Andalucía y os llamará la atencion el notable parecido que existe entre ellos y los árabes andaluces; y respecto á localidades, hay barrios en Andalucía que guardan su primitivo carácter. El Albaicin tiene por la noche la misma fisonomía que en el siglo XV. Sus calles estrechas, mal alumbradas por moribundos farolillos, sepultadas á trechos en lúgubres sombras, con sus casas negruzcas, sus arcos árabes y sus derruidas torres, traen á la memoria el barrio popular de los moros. A cada rumor de la brisa, á cada voz que turba el silencio de la noche se espera ver un rondador rebozado en su capa, ó un misterioso duende de las leyendas de Felipe II.

Al visitar los ruedos de Colmenar en la provincia de Málaga, se cree el viajero trasportado á los montes de Marruecos. El aldeano de esta parte de Andalucía es el tipo exacto del kabila. Una sorpresa indefinible se apodera de quien lo contempla.

Andalucía trae á la memoria el recuerdo de aquellos árabes, modelo de gentileza y cortesía, que durante ocho siglos ocuparon este suelo. La aparicion de un caballero oriental, de maneras distinguidas y de rico traje os extrañaria menos que la del paisano que teneis delante. Pensais que la civilizacion ha retrocedido y este pensamiento os arranca una ilusion.

No es aquel el árabe civilizador, sino el salvaje rifeño. Un ancho pantalon, un jaique llamado *jabardina*, de paño pardo con capucha, un pañuelo ceñido á la cabeza á modo de turbante, un estendido sombrero redondo y una escopeta; hé aquí el aldeano de la provincia. Quitadle el sombrero, mudad en blanco el color del jaique y desaparece la diferencia. La espresion del rostro moreno, barbudo y de ojos brillantes completan el parecido.

Difícilmente se podria encontrar un pueblo mas apasionado, mas tierno, mas sensible, ni de mas imaginacion que el pueblo andaluz. Sus costumbres, sus fiestas, todos los actos de su vida íntima, rebosan el perfume de la poesía del corazon, que brota á raudales de su alma, que se desborda, por decirlo así, y necesita un santuario donde practicar su culto, porque un culto es la sublime espresion de ese sentimiento grande y sencillo á la vez.

El amor y el canto, son las dos ramas principales en que pudiéramos dividir la poesía de este pueblo. Ama con frenesí, y el amor es su primer bel'eza; ya lo cifre en la religion, síntesis de los amores, ó en la mujer, ó en la flor compañera de la mujer, cuya circunstancia la hace acreedora á igual estima que aquella.

El delicado instinto del pueblo parece que adivina un alma, un ser oculto, en las flores; así es, que las cuida con el mayor esmero y las hace intérpretes de sus sentimientos. La mujer reconoce en estas hijas de la pureza el símbolo de su sexo pudoroso, tímido, encantador, y las coloca en el cabello ó sobre el pecho.

Por la mañana vereis al amante frente la reja de su amor; y si su coloquio es mudo, si solo hablan las miradas, es posible que la mas bella flor con que la mujer adorna su mejilla ó su cabeza pase á manos del feliz amante quien la conservará sin duda; y si algun día terminan sus relaciones, volverá la flor marchita á su primitiva dueña.

Por la noche hallareis al trovador improvisando al compás de su guitarra las coplas que canta.

Unas son conceptuosas y profundas como esta.

Desdichada tortolilla
que todas las aguas bebes,
mira no bebas alguna
que en su corriente te lleve.

Otras, hiperbólicas y ardientes, encierran un poema de amor sublime.

Las piedras que vas pisando
cuando sales á la calle,
las vuelvo yo del revés
porque no las pise nadie.

Unas rebosan dolor y amargura y parecen nacidas entre el llanto y la desgracia.

Algun dia, fuentecilla,
se secarán tus corientes,
y luego irás á pedir
agua, por Dios, á otra fuente.

Otras, en fin, compendian bajo su forma sencilla el carácter del pueblo.

Cuando esté en la sepultura
y de gusanos roido,

mis huesos tendrán letreros diciendo que te han querido. Pero todas guardan un fondo de ternura y melancolía inimitables, al que añaden mas espresion las vibraciones trémulas del instrumento músico, que se adapta á todas las fibras del corazon, que traduce fielmente las evoluciones del alma.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

BALADA DE SCHILLER.

Con un puñal bajo su vesta, penetra Mæros en la casa de Dionisio el Tirano. Los satélites le cargan de hierros.—«¿Qué ibas á hacer con este puñal?... ¡habla!» le pregunta el monstruo con aire siniestro.—«Librar á la ciudad de un tirano.»—«Tú te arrepentirás sobre la cruz.»

—«Estoy dispuesto á morir, dice Mæros, no pido me

dejes la vida, pero si quieres concederme una gracia... tres dias nada mas, para unir á mi hermana con su prometido... Te dejaré en rehenes un amigo mio. Si no vuelvo, podrás degollarle.»

Sonrió el rey con aire falso y maligno y exclamó tras un breve momento de reflexion. «¿Tres dias? te los concedo; pero no lo olvides: si el plazo espira antes de tu vuelta, morirá en tu lugar, y no por eso dejará de cumplirse tu pena.»

menos tu vida... en este momento espira. Te ha aguardado de hora en hora con firme esperanza: la ironía del tirano no ha podido arrancarle su fe.»

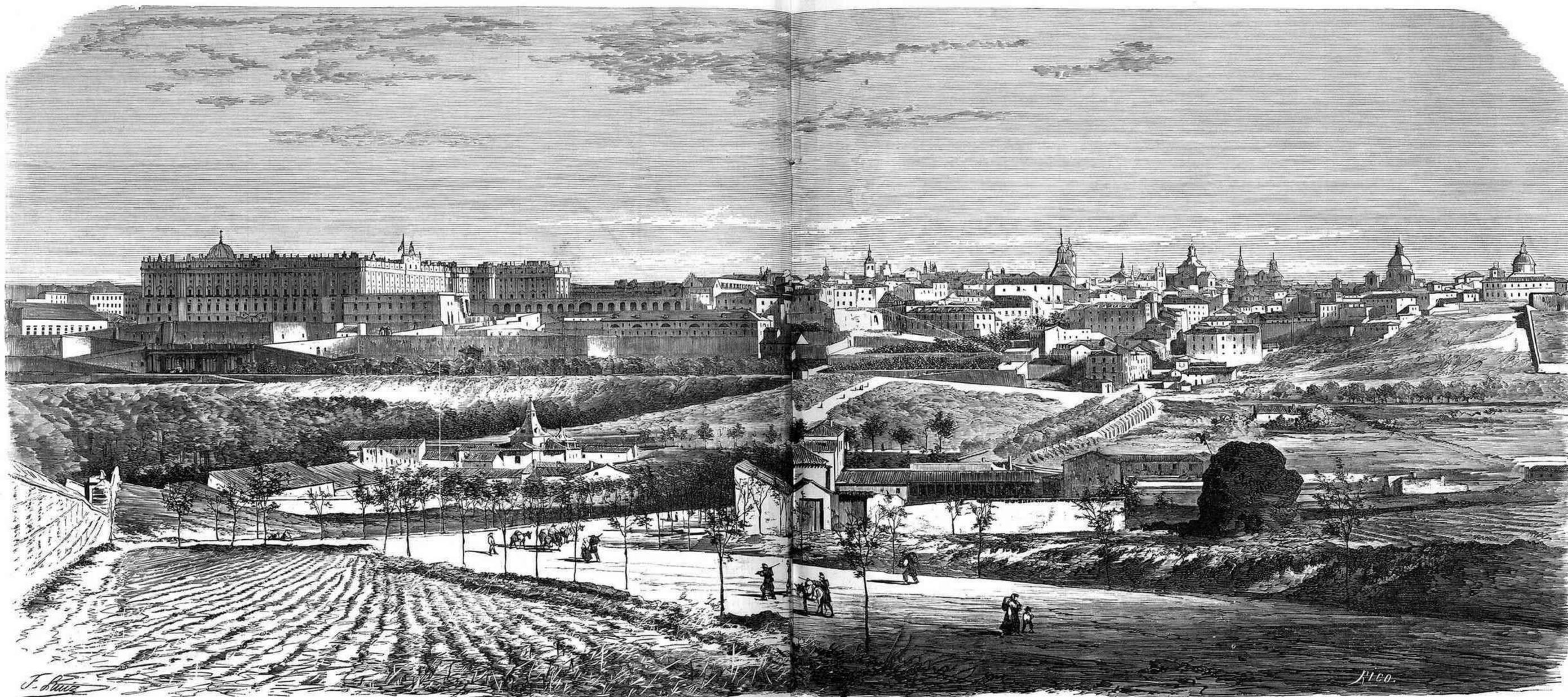
—«Pues bien; si es tarde, sino puedo presentarme como libertador, la muerte me unirá á él.—No quiero que el tirano se gorie de haber visto á un amigo violando la promesa hecha á otro. Que inmole dos víctimas; ¡pero que crea en la amistad y en la lealtad!» El sol se pone. Mæros llega á las puertas de la ciudad:

ve la cruz; la ve rodeada de una multitud de curiosos. Con una cuerda suspenden á su amigo. Mæros se lanza, hiende con fuerza las apiñadas olas de espectadores, y exclama:—«¡Verdugos! ¡es á mí á quien debeis degollar! ¡vedme!... ¡por mí se presentó él en rehenes!»

El asombro se apodera del pueblo: los dos amigos se abrazan y lloran de dolor y gozo. La multitud vierte lágrimas: la noticia llega al rey.

Siente el monarca en el fondo de su alma, una emocion humana, y ordena al punto que los pongan delante de su trono. Les mira por largo tiempo con sorpresa, y dice en breve.

—«Habeis triunfado: habeis subyugado mi corazon. ¡La lealtad!... ¡La lealtad no es un sueño!... ¡Admíndme en vuestros afectos, y que yo sea... ¡oh! no rechaceis mi súplica!... ¡que yo sea una parte de vuestra amistad!»—ANTONIO VIZAJERAS.



VISTA DE MADRID POR LA PARTE DEL SUR.

Mæros dice á su amigo:—«El rey ordena que yo pague con la vida mi atentado: á pesar de ello, me concede tres dias, en cuyo tiempo, uniré á mi hermana con su futuro esposo. Te dejo, pues, en rehenes, hasta que vuelva yo á librarte de tus cadenas.»

Y sin darle respuesta alguna, su fiel amigo le abraza y vuela á entregarse al tirano. Parte el otro, y antes de rayar la tercera aurora, une á su hermana con su prometido. Torna á la ciudad con el alma inquieta, y se apresura para no faltar á la hora señalada.

Pero llueve. Toda la comarca se inunda: las aguas se precipitan desde lo alto de los montes; los rios y los torrentes se desbordan. Llega nuestro viajero á la margen del río... ve cómo las olas arrastran el puente y hunden el arco en medio de estrepitoso trueno.

Vaga desesperado en la orilla: mira, llama, grita; pero en vano; barca alguna se aventura á dejar la playa para conducirlo á la orilla deseada: no hay allí batelero para guiar el esquife. Y el rio impetuoso se estiende como un mar.

Mæros cae de rodillas, llora, implora á Júpiter, y

elevando hácia él las manos suplicantes... «¡Oh! dice, ¡modera el furor de las aguas!—Las horas vuelan: el sol llega á su meridiano, y si se pone antes que yo pueda llegar á la ciudad, perecerá mi amigo por mí.»

Pero la furia del rio aumenta. Las olas empujan á las olas, las horas á las horas. El vértigo le arrastra: se anima: se lanza en mitad de las ondas bramadoras: hiende la corriente con brazo vigoroso... y un Dios se apiada de él.—Llega á la opuesta orilla y prosigue su marcha dando gracias al Dios que le ha salvado.

Una banda de malhechores sale de repente de las tinieblas de un bosque: córtanle el camino: tienen sed de asesinato, y detienen al viajero blandiendo sobre él sus mazas amenazadoras.

—«¿Qué pedis?» les dice pálido de espanto: «no tengo mas que mi vida, y se la debo al rey.»—Y al mismo tiempo arranca una maza de las manos de su mas próximo adversario. «En nombre de mi amigo, tened piedad de mí:» y sacudiendo violentos golpes, tres caen á tierra: los otros huyen...

Y el sol abraza la atmósfera con sus ardientes rayos

debilitado Mæros con los esfuerzos, siente ceder sus rodillas.—«¡Oh, Júpiter! me hiciste la gracia de salvarme de las manos de esos bandidos; me sacáste del rio; me condujiste á esta sagrada tierra, y me dejarás morir de desfallecimiento! ¡y espirará mi amigo por haberme querido en demasia!...» Oid... Es un murmullo argentino; semeja el hervir del agua. Mæros se detiene; presta oído, ve un manantial que salta de una roca, con rapidez y dulce murmullo. Se inclina lleno de gozo, y refresca sus miembros que arden.

El sol mira, al través de las ramas verdes, y dibuja sobre las aguas, las sombras gigantes de los árboles. Mæros, ve dos viajeros que siguen el camino que él quiere anticiparse á ellos, y corre y llegan á su oído estas palabras: «¡Ahora es cuando lo clavan en la cruz.»

La ansiedad da alas á sus pies ágiles: las torturas de la inquietud lo estimulan. Ve brillar á lo lejos, en medio de los rayos del crepúsculo, las almenas de Siracusa: vuela á él Filostrato, el fiel guarda de su casa, que trocede asombrado al reconocer á su dueño.

—«¡Huy! (le dice), no salvarás á tu amigo...»

VISTA DE MADRID

POR LA PARTE DEL SUR.

Damos en este número la vista de Madrid tomada desde las tapias de la Casa de Campo y que es sin disputa el punto mas pintoresco desde donde puede contemplarse la villa y corte dominando la campiña que baña el humilde Manzanares.

En uno de los lados descuella la soberbia morada de nuestros reyes que se destaca del verde fondo con que la encuadran los jardines del Campo del Moro. En el opuesto lado y por su órden rompen el aire las imponentes masas de Santa Cruz, San Andrés y San Francisco el Grande, etc.

Al observar el efecto que producen las cúpulas de estos edificios, involuntariamente recordamos el que producian los campanarios ó torres de tantos que destruyó la piqueta niveladora y que hacian llamar á Madrid la ciudad de las torres.

Con los proyectos que hay de embellecer este lado de Madrid en el que se ostentan ya las puertas de San

Vicente y de Toledo y el magnífico puente de este nombre, y con el ferro-carril de circunvalacion que ha de unir el del Norte con el del Mediodia, cuyas locomotoras ya le recorren, indudablemente este lado de Madrid presentará un panorama magnífico digno de la capital de la monarquía española.

REVISTA DE TEATROS.

PRINCIPE.—Cuestion de forma.—CAMPOS ELISEOS.—El Profeta.

El teatro español, merece, para los extranjeros, consideracion y estudio, sobre todos los demás de la moderna Europa, por ser un vivo reflejo de las costumbres nacionales. Esta declaración honrosa, la han consignado en sus escritos, los críticos mas importantes de este siglo, y yo de mi pobre juicio añado, que una de las cualidades, la primera acaso, que mas caracteriza á la comedia española de nuestros dias, es la consecución observacion, con que el poeta ha trasladado á la esce-

na, á pesar de las evoluciones sociales y de la modificación de nuestros usos, esos activos cuadros que forman la fisonomía especial del pais, como nacidos de la espresion íntima de sus manifestaciones. Pues bien, si á una producción teatral española, se la despoja de esta condicion inherente á su origen, si se la presenta, además, desnuda de todo artificio y menesterosa de estilo, ¿qué realizará esta obra, por mas que en ella se descubran alguna vez, los destellos de un ingenio abandonado al instinto de la caricatura? Quedaría en lo dramático una parodia: queda en lo cómico un diálogo, engalanado con la calificación de juguete, calificación que determina un género, desconocido hasta hace pocos años en nuestro teatro. Y este género de obras en las cuales no se reconoce un principio fijo, ni se asienta una base sólida, ni se observa casi nunca, un precepto de arte; ¿puede considerarse como lícito? ¿deberá autorizarse que tome carta de naturaleza en la representación? ¿obrará prudentemente el público, por frívolo ó ignorante que sea, admitiendo al concurso de la inteligencia, á ese gran concurso donde suele estrellarse el

autor que piensa y profundiza sino ha pensado y profundizado con acierto, la invención inocente del poeta infantil que *juega á los teatros y con los espectadores*, desparramando en sus oídos un puñado de frases, menos inocentes tal vez, que el *juego* á que se entrega? No. Fuerza es consignarlo así, en vista de los ejemplares que de tal bastardía literaria y escénica, se nos muestran todos los días, á ciencia y paciencia del tolerante espectador ó del autómatas abonado ó del crítico enemigo de decir la verdad. Añádase á la trivialidad de esa especie de comedias, y sobre todo en las llamadas cómicas, un saliente matiz *verde subido*, con el cual pretende sacar efectos el autor, de frases no toleradas en la sociedad menos culta, y convertiremos el teatro en semillero de chascarrillos y jocosidades grotescas, que escitan una hilaridad, de la cual, de seguro, se conduce el sensato padre de familia, allá en el fondo de su conciencia. Muéveme á esponer estas consideraciones, la representación verificada en el teatro del Príncipe el sábado anterior, de un *juguete* nuevo, en tres actos y en verso, original de don Enrique Gaspar, autor de la discreta pieza *¡Pobres mujeres!*... y que en su último ensayo titulado, *Cuestion de forma*, no parece sino que ha querido ofrecer un doloroso contraste, entre esta y aquella, justamente aplaudida, producción.

Comienzo, en mi juicio, por la parte de fondo de esta obra, y para ello espongo su poco sano pensamiento, sintetizado en estos dos versos, con que finaliza:

que la paz del matrimonio
es solo CUESTION DE FORMA,

¡*Cuestion de forma*, la tranquilidad y el reposo de una familia! ¡*Cuestion de forma*, la garantía mútua de la felicidad de dos almas! ¡Y así *se juega*, señor Gaspar, con la filosofía de la paz doméstica! Pero veamos como desarrolla esta novísima idea el autor, y cuenta que no trato de describir el argumento que inventó, porque no es fácil; solo pretendo hacer de él, una ligera reseña. Salomon es un quidam, un mala cabeza, que desprecia á su mujer, y que la trata con grosero desprecio. María ama á su marido; hasta donde lo consienten las impertinencias y el desden, hijo de su carácter. Lola es una viudita que puede arder en un candil, hermana de María y que vive á su lado y Enrique es un jóven amable, pintor y periodista, que se halla de huésped en la casa, y paga sus favores atizando la discordia que devoraba al matrimonio: comienza Salomon por dar pisotones á su mujer y declarar (allá va eso, señor censor), que cien mujeres propias no valen lo que una agena, deja entrever que está celoso de María y de su amigo y no obstante, confía á éste algunos de sus ilícitos devaneos. Enrique desvanece completamente sus sospechas, le aconseja que para atraerse el cariño de su esposa, modifique sus costumbres y la trate con la consideración de que es digna y Salomon proclama á su íntimo, como el oráculo de su porvenir. Enrique, además, se muestra inclinado á casarse con Lola y esta acoge las insinuaciones del pintor con un apetito de boda tal, y de tal manera le expresa sus simpatías, que hay momentos en que se duda de la honrada procedencia del personaje y en el transcurso de la obra flota en la superficie la tinta de carmin con que se halla escrito y con la cual se enrojecen sus palabras. La casada no aparece mas limpia en sus pensamientos é inclinaciones; sin rebozos ni miramientos, los expresa, sin ocultar sus simpatías hacia Enrique y alardeando una libertad en el decir, impropia no ya de su estado, sino de su sexo. Provócase entre las dos hermanas, un altercado en que se disputan las preferencias del soltero. El casado, en tanto, se distrae comprando un aderezo para una francesa, á quien obsequia; introducése en la mal hilvanada trama dos retratos de la misma que guardaban cada uno de los amigos; caen en manos de María y de Lola, y estas señoras, puede decirse que se convierten con tal motivo, en heroínas de plazuela; y acaba el segundo acto, en el cual se ha reproducido, con menos gracia el primero y transcurre el tercero inferior al segundo y Salomon merced á un artículo contra la pena de muerte, que con su nombre dió Enrique á la prensa, se introduce en casa del ministro de Fomento, como ya lo había hecho en la del gobernador de la provincia y trae un nombramiento de pensionado en el extranjero para el pintor y éste se casa con Lola, porque supo que su anterior marido murió en el mar, sin haber tomado posesion de su destino.

Cae el telon: todos han quedado absurdamente satisfechos y la sociedad cuenta con una máxima de nuevo cuño, cuya moral se pierde de vista, á saber: «No importa que engañes á tu esposa, siempre que aciertes á engañarla: la ventura de los matrimonios solo estriba en la forma.» Cualquiera hubiera imaginado que el autor se proponia probar, estableciendo una sensata comparacion entre dos hombres casados, que la forma de un carácter es lo de menos, siempre que el marido obre en relacion con la bondad del alma, así como, que es mas peligroso para la existencia conyugal, la apariencia de sentimientos nobles, cuando en el corazón del hombre se halla arraigado el vicio. Este era el camino mas recto para llegar á la filosofía y al ejemplo; pero sin duda, porque el señor Gaspar es jóven aun para descender al fondo de un pensamiento vigoroso, el asunto toma un aspecto trivial,

y pudiendo apelar al estudio de los caracteres, aparecen estos falseados, lo mismo que la base de la obra. Diré por qué.

Salomon no habia encontrado nunca la *forma* de agrandar á su mujer y á pesar de que desconfia de la fidelidad de su amigo, acepta sus consejos. De aquí parte la inconsecuencia en sus propósitos y acciones las cuales le llevan á subordinar su voluntad á la de Enrique y á la de su esposa, hasta el punto de ser despedido por María, en una escena del segundo acto, cuando el pintor le da una cita en presencia de aquel. En toda la comedia piensa y obra de igual suerte y cuando al terminarse, invoca al amor conyugal, nadie le cree. María aparece sentida y luego indiferente; ora desconfiada ó ya crédula. No se sabe si prefiere á Salomon ó á sus dádivas: levanta una tempestad de palabras, por su infundada manía de que su marido galantea á la gobernadora y esto sin antecedente alguno. Por último, se compadece de su hermana al unirse á Enrique y no la desvia de su lado. El carácter del pintor es tan vago como los demás; ni siente ni obedece á una tendencia predominante, ni se llega á comprender cuál es su mision en el plan, y Lola, en quien no se observan tantas contradicciones, acepta un porvenir dudoso y se casa... por casarse; porque Enrique es simpático y amable, aunque no desconoce sus veleidades y deslices de soltero. En cuanto á la forma del juguete es *cuestionable*. Trozos hay en él, fáciles; pero en lo general es la versificación hinchada y el lenguaje impropio, hallándose éste cubierto de un barniz poco culto y menos urbano. Las señoras que verdaderamente lo son, no se expresan jamás á la manera de Lola y María: ni es delicado abultar un tipo truhanesco como el de Enrique, ni la gordura de frases y detalles descorteses como las de Salomon.

¿Qué le resta, pues, á la comedia del señor Gaspar, despojada de las condiciones intrínsecas que reclama la escena? ¿Qué le queda, sino ofrece una leccion, ni despierta el interés, ni pinta costumbres, ni describe caracteres, ni constituye una prueba literaria, ni contiene, además, una sola situacion? ¿Dónde buscar la causa de los elogios que la ha delicado la gaceta? ¿Por qué se dió ocasion al autor, se me dirá, para que llegara decidido hasta las candilejas, á recibir los aplausos del auditorio, y muy singularmente del auditorio de la galería alta del Príncipe, ansiosa siempre de premiar los esfuerzos de todas las inteligencias? Justo es consignar la razon de las simpatías del juguete, despues de haber señalado con la pluma en la conciencia, sus defectos. En *Cuestion de forma*, hay instinto cómico, detalles y agudezas ingeniosas; chistes espontáneos, en una palabra, gracia natural en abundancia, lo que se llama chispa, vulgarmente; donaire, que auxiliado por el estudio y por la observacion, podrán hacer del jóven señor Gaspar, un poeta sólido y fecundo. Un ilustre contemporáneo ha dicho, que *el que posee el peligro o talento de hacer reir, es difícil que no abuse de él*. Permítaseme que yo opine lo contrario. El que posee el difícil talento de hacer reir, no necesita en manera alguna, recurrir al abuso. El verdadero ingenio festivo hace brotar los chistes de una roca, antes que descender á lugares infectos. Piense en ello seriamente don Enrique Gaspar y tuerza el rumbo hacia donde le llaman sus apreciables disposiciones.

El desempeño de esta comedia ha sido esmerado, aunque no sobresaliente. Don Juan Catalina declama su papel con ligereza y naturalidad: fáltale sin embargo decir á lo galan y no á lo característico. La Adela Alvarez trabaja á conciencia, pero carece de flexibilidad, para la comedia. Pepita Hijosa, amanerada en algun pasaje, por efecto del recargado color de su carácter, revela en lo general sus especialísimas facultades y el señor Pastrana contribuye al conjunto y nada mas.

El domingo último, inauguró su segunda temporada el teatro de los Campos Eliseos, poniéndose en escena la ópera de Giacomo Mayerbeer, drama de Scribe. *El Profeta*. Conocida á medias esta particion por el público de Madrid, á causa de la supresion que se hizo en el Teatro Real de sus piezas mas importantes, los inteligentes han podido apreciar en toda su latitud, las bellezas de una obra musical, cuyas estrañas combinaciones, severas notas y lánguido acompasamiento, no alcanzan á impresionar á las inteligencias vulgares. De mí se decir, que comprendo la admiracion que se debe al autor de *Roberto* y de los *Hugonotes*, al eternamente famoso discípulo de Weber; pero al mismo tiempo cumple á la sinceridad de mi ignorancia confesar, que no descubro aquella vida y aquel ritmo en *El Profeta*. Solo me interesa, musicalmente hablando, un personaje de esta ópera, que me parece realmente bello. Fides, la madre terna, la mujer creyente, que en la situacion mas levantada del drama, dice al falso apóstol:

Io son quella infelice
chi ti nudri, che in braccio ti portó!

La creacion artística de Juan de Leyde, no corresponde á un grande sentimiento y por consecuencia me parece fria. No obstante, la partitura debe oirse, pues aunque desigual, no escasean en ella los destellos de un genio poderoso. La ejecucion es brillante por parte de la Natién Didié, la Garulli, Tamberlick y Vialletti.

La primera escede en el canto á la Lagrange, no así en la mímica.

Puesta la ópera con lujoso esmero, en decoraciones, trajes y accesorios, el público compuesto en la primera noche de cuanto encierra lo córte de notable, premió con sus aplausos á los cantantes, á los coros, al pintor y á la empresa, y con distincion marcada á la orquesta, dirigida de una manera asombrosa, pues parecia oirse un solo instrumento. Plácemes mil merece por ello el señor Gaztambide y yo se los envié, tanto mas, cuanto que este maestro, es español y yo tengo la debilidad de entusiasmarme con las glorias de mi pais.

DON GIL CARMONA.

CANTARES.

La blanca es rayo de luna
Y la morena de sol,
Quiero luz de noche y día
Y necesito las dos.

Mariposita que buyes
Volando de flor en flor,
De volar has de cansarte
Y no de seguirte yo.

El rio y mi mente corren
Por semejante camino,
El rio á la mar inmensa
Y mi mente á lo infinito.

CÁRLOS RUBIO.

POR ESO.

Tus bellos ojos, Lola,
Que tanto brillan,
Eran en este mundo
Mi luz, mi vista:
¡Ya no los veo!...
Por eso yo en la vida
¡Camino ciego!

Ramillete de encantos
Era tu risa;
Ella sola arrancaba
Tambien la mia;
¡Ya no la miro!
Por eso yo en la vida
¡Nunca me rio!

Estrechar delirando
Tu mano tibia
Daba á mi pobre pecho
Calor de vida:
¡Ya no la estrecho!
Por eso poco á poco
Me voy muriendo.

J. M. MARIN.

A UNA FLOR MARCHITA.

(PENSAMIENTO.)

Pintóte Dios y perfumó tu cáliz
Una hermosa en sus trenzas te abrasó:
Ora marchita vas á donde vuelan
La inocencia, la dicha y el amor.

J. M. MARIN.

LA ESTRELLA DE LOS VALLES.

IMPRESIONES DE UN VIAJE.

GENTILISMO.
¡Ah! tu ne dubita; minuet
vincta dolorem.
CRISTIANISMO.
El justo en omienda su
venganza á Dios.

I.

LAS GRACIAS DE ESTRELLA.

¿Quién es esa jóven esbelta y ligera como las sílfides, brillante como las estrellas, hermosa como los ángeles, que encanta con sus gracias, que á imitacion del sol, deslumbra do quier al que se atreve á mirarla cara á cara?

¿Es acaso alguna hija de este astro luminoso, desprendido de entre su magnífico ropaje de oro, de zafir y de púrpura, para mostrarse temporalmente á los mortales y luego volver á las regiones empíreas, donde la esté reservado un trono magestuoso y esplendente?

¿O es una nueva hija de los mares, que empeñados en hacer olvidar la historia de la Vénus mitológica, han arrojado esta belleza de en medio de sus fecundantes

espumas sobre una de las estremidades de la escabrosa costa de Cantabria?

Vedla, vedla. ¿No advertís que todo es en su ser seductor, sobrenatural, divino?

¿No advertís que todo es vida y entusiasmo en derredor de ella?

El Dios de la creacion ha derramado sus dones mas perfectos sobre esta criatura.

Todo lo creado es inferior á ella.

¡Oh! no hay, no puede haber nada humano que pueda parangonarse con ella en ligereza, gracias y hermosura, en encantos, y delicias.

Vedla, vedla cómo trepa por los collados y los montes, por los valles y los precipicios, por los riscos y por las montañas.

Su ligereza es superior á la de la corza cuando vá en busca del perdido hijuelo: su donaire infinitamente mas seductor que el de las tres Gracias.

Vedla también cómo se mueve por los campos y los jardines, por los huertos y los prados, por los paseos y las playas.

Su cuerpo tiene toda la elegancia, todo el encanto atribuido á las graciosas ninfas de Diana.

Erguido, es mas magestuoso que las torres de Jerusalem y de Nankin; inclinado, se parece á la jóven palmera que ofrece en el desierto sus frutos y su sombra al rendido viajero.

Su frente resplandece con el brillo de la inteligencia.

Sus ojos son grandes, negros y rasgados como los de las hijas privilegiadas del ardiente Iram. ¡Oh! ¡y cuán tierna, cuán dulcísima, cuán embriagadora es su mirada!

Las pestañas que los guardan y las cejas que los adornan, forman un campo atrincherado donde todos los corazones que se le acercan quedan prisioneros de amor.

Sus cabellos, que sueltos tocan en el suelo cubriendo su espalda cual malla impenetrable, son mas negros y lustrosos que el semblante de las beldades incomparables de la Abisinia y de la Nubia.

En ellos quedan enredadas todas las almas como los peces en la red, atraidos por el cebo engañoso.

El color de sus mejillas es infinitamente mas fino que el de las rosas que producen los jardines de los grandes potentados de la tierra.

Su cuello es como el del cisne que acaba de salir de la laguna de agua dulce.

Su boca es tan pulida, que ni Murillo, ni Rafael, pudieron idear una semejante para sus inmortales vírgenes.

Su hábito es mas fragante que el aroma de las flores.

En vano éstas abren sus neotáreos cálices y corolas al paso de la refulgente beldad, porque sus suavísimas exhalaciones no pueden penetrar en la pequeña atmósfera de incienso y de mirra, de nardo y de sándalo, que á aquella rodea.

Nada, nada hay en el mundo que pueda compararse con esta criatura, porque el Dios de la creacion ha derramado sobre ella sus dones mas perfectos.

Lo animado y lo inanimado, lo inerte y lo viviente, todo se inclina respetuosamente en su presencia reconociéndola por soberana.

¡Ah! ¿por qué su mirada es tan lánguida, tan dulce, tan indefinible?

¿No es verdad que el hombre observador lee en ella una profecía entera?

¡Desgraciado del que la ve y no la admira! Su corazón es de piedra, su alma de metal y sus sentidos de mármol.

¡Pero mas desgraciado el que la admira y no la comprende! Su alma y su corazón deben estar viciados como los materiales en putrefacción, que se arrojan al fondo de los muladares.

¡Dichoso, dichoso del mortal que pudiera llamarse suyo!

¡Fuera! ¿No advertís que la acabada hermosura toca ligeramente con sus pies de oro y de brillantes este valle de decepciones y miserias, de lágrimas y suspiros?

Nada pues de lo que atañe á este mundo puede cuadrar á tan incomparable beldad.

Esperarla debe en el otro, tan pura como cuando vió la primera luz del día, un trono refulgente de oro y de rubíes, de rosas y brillantes, de topacios y esmeraldas.

Ella es en la tierra un peregrino de brillante, pero corto viaje.

¿A qué pues e! Dios de lo infinito ha producido esta maravilla de que nadie ha de gozar?

¿Y por ventura el artifice no puede trasformar sus obras cómo y cuándo mas sea de su agrado?

¿Acaso lo infinitamente perfecto puede permanecer mucho tiempo en este mundo engañoso?

Gocemos, estasiémonos en esta obra acabada de la hermosura mientras la tengamos en él.

Su sola vista produce en el alma las mas dulces emociones; su sola presencia lleva al corazón los mas inefables y purísimos goces.

Si, si; admirémosla, contemplémosla, que ella es, aunque de paso, la tórtola de los vecinos montes, la

azucena de los inmediatos valles, la ninfa de las cercanas playas, la flor rozagante en fin, de la naturaleza entera.

Todo, todo conspira á reconocerla como la perfectibilidad de lo finito, como el dechado de la humana hermosura, como el bello ideal de la Creacion.

¡Bendito, bendito cien veces el padre que la engendró!

¡Bendita, bendita mil veces la madre que la llevó en su seno y la amamantó á sus pechos!

¡Y bendita, bendita por siempre ella, que, conociendo lo que es esta prision que se llama tierra, la toca ligeramente con sus pies de sílfide y llena de melancólica dulzura, contempla de continuo el alto cielo donde presente la espera temprano un trono eterno y esplendoroso!

II.

LAS CARICIAS MATEERNAS.

CORO DE ALDEANOS.

¿Quién es esa mujer que se acerca desolada, alterado el semblante, desgreñado el cabello, á este sitio solitario, que baña y embellece el mar? Sus hinchados ojos despiden chispas, cual los de la Luna cuando quieren arrebatarse el fruto de su amor.

MADRE.

¿Por ventura ya no me conocéis? ¿Tan demudada vengo que me estrañan las personas á quienes hice sentir mi estimacion?

CORO.

¡Ah! ¡Paso, paso á la madre de la Estrella!... ¡Gloria, gloria á ella, porque es la mas dichosa de todas las madres.

MADRE.

¡Dichosa! ¡ah! si encuentro á mi querida hija; ¡si doy por estos valles con la que adora mi corazón! ¿No habeis visto á mi hija? ¡Piedad, piedad, piedad!

CORO.

¿Acaso nuestra Estrella se separó de tí?

MADRE.

Salió sin duda con el alba... ¡Sola encontré su cámara perfumada, al ir á estrecharla contra mi corazón! En vano he recorrido los contornos de la ciudad: en todas partes no he recibido mas que respuestas que helaron mi alma.

CORO.

Consuélate tú la mas dichosa de las madres. Tu hija no puede haberse alejado de la que la dió el ser. Recorrerá los vecinos valles, asilos sagrados de la inocencia, de las fiestas y del casto amor.

MADRE.

¡Ah! Decidme el sitio donde está mi hija. Ansío verla, que ya su ausencia mata mi corazón. ¡Tanto la quiero que temo perderla en flor!

CORO DE ALDEANOS.

Disipa esos temores, tú la mas privilegiada de las mujeres. Mientras recobras la perdida calma á la sombra de estos árboles seculares y al olor de los manzanos y cerezos que rodean nuestras pobres, pero curiosas viviendas, buscaremos á tu hija por entre esas alegres montañas, que como nosotros la reconocen por su soberana.

MADRE.

Traédmela, traédmela: por ella yo estoy loca... ¡loca, loca de amor!

CORO.

Buscarte hemos á tu hija, ¡oh madre venturosa! Nosotros no podemos pasar sin nuestra Estrella: traértela hemos aunque vayamos para ello hasta la estremidad de la tierra.

MADRE.

Si ese húmedo elemento... ¡Oh Dios! ¡oh Dios! ¡oh Dios!

CORO.

Ahuyenta esos temores, ¡oh madre de la Estrella! Somos también marinos, también conocemos ese mar, donde nuestros padres ejecutaron asombrosos prodigios. Si en él estuviera escondida, bajaríamos hasta sus profundos senos para devolverla á tu acendrado amor.

MADRE.

Mi hija es mas bella que las flores del Eden... Si alguna hada enemiga...

CORO.

Solo hadas bienhechoras pueden rodear á la hija predilecta de la creacion. ¡No manda con su encanto como soberana sobre todo lo creado?

MADRE.

¡Ah! que un sueño satánico me ha hecho abandonar en este día, mas pronto de lo acostumbrado, el lecho donde nació la Estrella. Corrí desolada á su cámara, ¡y en ella no la hallé!

CORO.

¿Quién hace caso de sueños? ¿Por ventura son otra cosa que anteriores fatigas del alma y trabajos del corazón?

MADRE.

Soné ¡horror! que mi hija vestida de púrpura como las princesas, cargada de deslumbradora pedrería como las emperatrices del Oriente y mas bella que nunca, era la reina de un espléndido festín, y que un hijo de Satan, un hombre de aspecto torvo y siniestro, aprovechando el momento en que todos estaban embobados en sus gracias celestiales, la hundía por la espalda un agudo puñal que le atravesaba el corazón, haciéndola caer muerta á mis pies!

CORO.

¡Horror! ¡horror! ¡horror!

MADRE.

¡Andad, corred, amigos! ¡Me abandonan las fuerzas! Buscadme á mi querida hija y traédmela tan sana y tan hermosa como cuando salió de la casa del que la dió el ser.

CORO.

¡Sus, compañeros! Para que te se disipen completamente los recuerdos de ese sueño infernal, buscaremos á tu hija. Revolveremos cielo y tierra hasta encontrarla y presentártela hemos coronada de mirtos y azucenas, de rosas y laurel.

MADRE.

Gracias, gracias amigos. ¡Cuán buenos sois! Teneis las costumbres de los patriarcas y las virtudes de los santos.

CORO.

¡Sus, sus, compañeros! Somos dichosos en servir á la privilegiada madre de la Estrella. Recorramos con la ligereza del gamo estos alegres valles, asilos sacrosantos de la inocencia, de las fiestas y del casto amor.

MADRE.

¡Alto, alto!... ¡Allí viene! ¡Bendicion!

CORO.

¡Gloria á la Estrella! ¡Gloria, gloria, gloria á Dios!

MADRE.

¡Mirádmela, mirádmela! ¿No es mi hija mas brillante que un querubín de los cielos?

CORO.

¡Paso á la Estrella! ¡paso! ¡Bendita sea de Dios!

MADRE.

Ven á mis brazos, hermosa mía, querida mía, lucero mio... ¿Quién ha dicho que la mitad de mi corazón, que la mitad y mas de mi alma no es mil veces mas hermosa que las mas hermosas princesas, cien veces cien millones mas bella que las mas bellas reinas y emperatrices de la tierra?

CORO.

¡Bendita, bendita mil veces la madre que te llevó en su seno y te amamantó cariñosamente á sus pechos!

MADRE.

¿A dónde, á dónde te me escondes, paloma mía? ¿No sabes que tú eres la savia y yo soy el árbol? ¿que tú eres el aire que yo respiro, la luz que me alumbrá, el sol que me calienta y el alimento que sostiene mis escasas fuerzas?

ESTRELLA.

Salió con el alba á templar el ardor de mi alma.

MADRE.

Tu padre lloró tu ausencia, y yo me consideré la mas desgraciada de las mujeres cuando te busqué y no te hallé, porque te quiero mas que á todo lo creado, infinitamente mas que á mí, punto menos que á Dios.

ESTRELLA.

Tuve á prima noche un sueño delicioso...

MADRE.

Déjate de sueños, querida mía. ¿No son los sueños anteriores molestias del alma, fatiga del corazón?

ESTRELLA.

¡Y qué sueño, madre mía! Creí sentir una música de querubines, que me llamaba á un festín celestial. Todo mi ser se conmovió dulcísimamente, cual si le hubiera tocado la bienhechora mano de Dios. Desperté enagenado.

da y abandoné la casa de la que adora mi corazón, porque éste necesitaba temprano del aroma de las flores, de la brisa juguetona del mar, del apacible murmullo de las fuentes y del gorgojo encantador de los pajaritos; mi alma quería confundirse con la profética inmensidad del Océano y mis ojos ansiaban contemplar ese hermoso azul del cielo, libro abierto donde leen con toda perfección los justos de la tierra.

MADRE.

Déjate de sueños, querida mía, y no abandones otra vez por ellos la casa de la que te llevó en su seno. ¡Cuánto temo perderte, paloma mía! Tu ausencia seca mi corazón. ¡Abrazame con tus abrazos cariñosos! ¡Bésame con tus besos tan puros como cuando te daba la leche de mis pechos! Tus abrazos llevan una inefable felicidad á todo mi ser: tus besos me son mas dulces y sabrosos que las frutas del jardín que te compró tu padre el día de tu último cumpleaños.

ESTRELLA.

También yo adoro á la que me dió el ser. También yo quiero estrecharla entre mis brazos y comerla con mis besos. Si fuera posible, querría confundir nuestros seres para que juntas abandonáramos esta tierra y nos fuéramos al reino del Señor.

MADRE.

Así, así, lucero mio; tus besos son suaves como tu alma, puros como tu corazón, embriagadores como todo tu ser. Cuando te tengo en mis brazos pienso no perderte nunca. ¿Quién se atrevería á arrebatarte del regazo de la que te amantó? Yo sería contra el que quisiera separarte de mi lado mas fiero que la leona á quien tratan de quitar el fruto de su amor.

CORO.

¡Bendita sea la madre que así quiere á la mas digna de las hijas! ¡Bendita sea la hija que así corresponde al amor de la mas venturosa de las madres!

MADRE.

Vamos, corramos, hija mía, á la misma cámara donde viste la primera luz. Tu padre nos estará buscando muerto de pena y de amor.

CORO.

¡Paso á la Estrella que alumbra los valles mas risueños y pintorescos de la creación!

MADRE.

¡Adios, adios, amigos! Decid por esos valles, asilo de la inocencia y de las costumbres puras, que yo soy dichosa porque encontré el objeto por quien suspiraba



VICENTA SOBRINO.

mi corazón, porque di con la mitad de mi alma, porque hallé mas bella que nunca á la hija de mis entrañas.

CORO.

¡Sus! ¡muévete céfiro! la hora te llegó: llena la atmósfera de balsámicos perfumes y esencias esquisitas, y haz que madre é hija entren serenas y animadas con tus refrigerantes ráfagas en la nueva é inclita ciudad.

(Se continuará)

EUGENIO GARCÍA RUIZ.

VICENTA SOBRINO.

Todos nuestros lectores recordarán el terrible drama acontecido en la calle del Fúcar en que apareció asesinada la dueña doña Vicenta Calza. Sospechas vehementes recayeron sobre una criada que hacia pocos días habia tomado y que se averiguó llamarse Vicenta So-

brino. Seguida causa contra la misma confesó su crimen y afirmó que habia sido inducida por el marido de aquella desgraciada señora don Carlos Casulá, y determinada por una pequeña riña que habia tenido con su ama, que la llamó *cochina* y, según ella dice, aunque esto no parece creíble; que la pegó un bofetón, al presentarla unas sopas mal hechas.

Entonces irritada dijo entre sí: «no comerás otras:» esperó á la noche, y cuando se acostó su señora, con pretexto de arreglarla la ropa de la cama se acercó y con el cuchillo de la cocina le dió de puñaladas á pesar de las exclamaciones de la víctima, que gritaba *¿qué te he hecho? ¿por qué me matas?* En la lucha doña Vicenta Calza cayó de la cama, y la homicida le echó un colchón encima y luego se sentó junto al cadáver oyendo el estertor de la agonía con completa insensibilidad. Allí pasó toda la noche hasta que por la mañana se marchó, habiendo sido presa en Valladolid.

Hay en esta causa tres estrañas circunstancias: 1.ª Que todos los horribles detalles del asesinato se saben por la misma criminal: 2.ª Que doña Vicenta Calza que padecía continuas enfermedades, á menudo en sus sueños ó en sus delirios gritaba que la mataban en la cama, que el asesino llevaba el puñal escondido bajo sus vestidos, como sucedió desgraciadamente: 3.ª La acusación del promotor y las defensas de los letrados. En la de ella se ha apelado á pruebas científicas, á excusas y atenuaciones basadas en causas naturales y sobrenaturales, habiéndose emitido informes médicos y teológicos. La defensa de don Carlos Casulá contra el que, por no encontrarse datos suficientes para acusarle pide el promotor la absolución de la instancia, es una obra maestra

que no decae ni un momento en los centenares de folios que ocupa, según nos han dicho, y que prueba relevantemente la erudición inagotable y la doctrina copiosa de don Simón Santos Lerín.

En la actualidad esta causa célebre se halla en primera instancia y en estado de vista, debiéndose fallar muy pronto. Ojalá el tribunal encuentre circunstancias atenuantes que le permitan usar de clemencia con la reo, sino puede declarar su inculpabilidad.

Hoy damos su retrato sacado de una fotografía: nadie al verla podrá creer en la fría crueldad de Vicenta Sobrino, y tentados estamos para inclinarnos á que solo un desarreglo orgánico de las facultades intelectuales haya podido ser la causa de tan horroroso crimen.

GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Una no es ninguna, dos es una, tres familia es.



La solución de éste en el próximo número.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 18.

COMPUESTO POR DON M. FONTANA (DE LORCA).

NEGROS.

